

“NO TENGO MAYOR POSICIÓN INTELECTUAL QUE LA DE MIS MANOS”. Afirma el artista Carlos Runcie Tanaka quien participa en la muestra “Arte Contemporáneo Americano” que se realiza en el marco de la Asamblea General de la OEA.

Sobre cajas de acero y vidrio que atrapan la experiencia de ser un rehén del MRTA, figuras de barro cocido: imágenes en paciente espera que a pesar de la desesperación se sobreponen al encierro y afloran en medio del álgido cemento. Ni las estructuras de metal ni el miedo logran que esos personajes “resignados a su hacinamiento, sujetos a otra voluntad, sigan siendo dueños de algo inalienable y propio...”. Durante cinco días y minutos, Carlos Runcie Tanaka fue un personaje más en la residencia del Embajador Japonés cuando un comando del MRTA ingresó al recinto y decidió secuestrar a más de cuatrocientas personas. Su instalación “Cien rosas para cien esperas” más que un testimonio, es un planteamiento sobre los límites de la comunicación y la búsqueda de una identidad individual y al mismo tiempo colectiva. En el Museo Pedro de Osma en Barranco, espacio en el que exhibe su obra, GESTION conversó con el artista.

SE DICE QUE UN ARTISTA CREA EN BASE A EXPERIENCIAS E IMÁGENES PRECONCEBIDAS. ¿SE PUEDE GENERALIZAR?

De alguna manera las obras que un artista crea son un referente de las experiencias que éste haya tenido, pero también pueden ser situaciones de una memoria personal, sin embargo siempre existe un punto de partida. Vivimos en un mundo en el que los planteamientos de un artista bien pueden responder a la confrontación entre el hombre y su entorno.

¿QUÉ ES “CIEN ROSAS PARA CIEN ESPERAS”? ¿ES UNA EXPERIENCIA DIRECTA O UN RECUERDO EN LA MEMORIA?

Pienso que hay una ambigüedad en este trabajo. Esta obra surge de una fuerte necesidad de búsqueda de raíces: muchas de las figuras tienen que ver con el patrón de las figuras que se hacía en la cerámica de la cultura Chancay. Por otro lado, sentí la necesidad de impregnar en ellas la experiencia de ser uno de los rehenes del MRTA en la residencia del embajador japonés. No puedo desligar mi trabajo de lo que me sucedió aquella vez, sin embargo creo que esta obra es más que una simple narración. Existen planteamientos sobre los límites de la comunicación, un asunto que te arrastra hacia una identidad mucho más profunda.

UN HECHO CURIOSO FUE QUE ANTES DE LA TOMA DE REHENES TÚ YA HABÍAS EMPEZADO A TRABAJAR EN ESTA INSTALACIÓN...

Sí. De pronto esta experiencia cubrió mi trabajo de una piel distinta, de una fuerza muy intensa. Siempre había trabajado formas abstractas que derivaban de la búsqueda de paisajes exteriores. Siento que con el tiempo mis obras se han ido acercando más a una realidad de vida. Si antes el espectador ingresaba a espacios libres en donde se encontraba con objetos ordenados de determinada manera para posesionarse de una

geografía mental y visual, ahora se sobrepone un trabajo más formal y complejo. Para mí las exposiciones ya no son importantes por el hecho de mostrar simplemente, existe más bien una necesidad de comunicar y de hacer reflexionar al espectador. Siempre había trabajado de manera aislada con un proceso muy personal y con motivaciones muy específicas. De pronto es como si me hubiesen sacado del juego como una ficha más para decirme que existen cosas en las cuales no puedo tomar mis propias decisiones. Por eso decidí replantear mis ideas para hallar una honestidad en mi discurso que haga que el espectador se descubra a sí mismo.

¿ES UNA HONESTIDAD HACIA TI MISMO, HACIA TU OBRA O HACIA EL ESPECTADOR?

Es una honestidad para conmigo mismo. Mientras hablo pienso que tengo una educación filosófica no concluida porque tengo preguntas que no logran resolverse y que no hay una precisión en mi lenguaje. Pero existe la necesidad de comunicar, de decir que Runcie Tanaka dejó de ser esa abstracción en el entorno para convertirse en una persona más dentro de él. Yo no quise hacer esto. Si empecé a trabajar la cerámica fue porque necesitaba hacer cosas con mis manos para dejar de leer a Hegel, Heidegger y Kant. Veía que mis coordenadas de pensamiento no podían ser tan precisas como para seguir planteándome preguntas. Ahora no tengo mayor posición intelectual que la de mis manos.

¿LUEGO DE TANTO TIEMPO CUESTINÁNDOTE, DIRÍAS QUE ESTA INSTALACIÓN ES LA RESPUESTA FINAL A TODOS ESOS PLANTEAMIENTOS?

Creo que cada trabajo, a pesar de responder una interrogante, siempre trae consigo nuevos cuestionamientos. No sé si esté en lo correcto pero siento que a medida que pasan los años, finalmente las respuestas no son metas ni cosas concretas. Pienso que esas respuestas solamente en mi caso pueden ser interesantes si es que me traen más preguntas que me permitan seguir motivado en su investigación. He aprendido a no creer más en las respuestas.

CUANDO ESTABAS RECLUIDO EN LA RESIDENCIA DEL EMBAJADOR JAPONÉS ¿PENSASTE QUE SI SALÍAS CON VIDA REGRESARÍAS A TU TALLER PARA CONCLUIR CON LA OBRA QUE HABÍAS DEJADO PENDIENTE?

No solo pensé en eso, pensé también en muchas cosas que no había hecho hasta que ese momento. Por un instante dejé de lado mi parte artística para preguntarme por qué no había generado otros cuerpos con mi cuerpo, me lamenté de no haber formado una familia. Esa fue la imagen más fuerte que tuve. Pero también pensé que todas esas estatuillas que había empezado a trabajar con anterioridad en mi taller se habían convertido en mis propios rehenes. Estar allí secuestrado al igual que cientos de personas me hizo formar parte de un sentimiento colectivo. Eso empañó tanto mi trabajo que supe que ya no era más una obra individual sino un trabajo hecho a partir de una experiencia colectiva.

SI ESTAS FIGURAS, ENCERRADAS EN LA SOLEDAD DE TU TALLER, LLEGARON A SER EN ALGÚN MOMENTO TUS REHENES, ¿CREES QUE AL

EXPONERLAS Y COMUNICAR A TRAVÉS DE ELLAS ES UNA MANERA DE LIBERARLAS?

Creo que sí. Aunque aún las siento atadas a mí y a pesar de ese desorden maniático que les he dado, quisiera que por un instante se convirtieran en seres de carne y hueso, con vida propia. No pueden moverse, pero cada una guarda una carga muy fuerte que las hace volar solas. Ellas se liberan de mí al igual que yo de ellas, allí radica la honestidad: si la búsqueda de la expresión artística es honesta, existe la posibilidad de hallar una libertad plena, sin trabas. Ojalá que ellas también sean lo suficientemente honestas conmigo.

Anónimo.

Diario GESTIÓN. Lima, 8 de junio de 1997